



EL QUE COMA DE ESTE PAN VIVIRÁ PARA SIEMPRE

YO SOY EL PAN DE LA VIDA

Lectura del santo evangelio según San Juan (6,35-40):

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed; ... Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Salmo 62,2.3-4.5-6.8-9

R/. Mi alma está sedienta de ti, mi Dios

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada,
sin agua. **R/.**

¡Cómo te contemplaba en el
santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios. **R/.**

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos. **R/.**

Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene. **R/.**



Santa Teresa de Calcuta: Jesús, la palabra hablada

«El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él» (Jn 6,56).

Jesús nos habla con ternura cuando se ofrece a los suyos en la santa comunión: «*Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*». ¿Qué más podría darme, mi Jesús, además que su carne en alimento? No, **Dios no podría hacer más, ni mostrarme un amor más grande.**

La santa comunión, como la palabra misma implica, es la unión íntima de Jesús con nuestra alma y nuestro cuerpo. **Si queremos tener la vida y poseerla abundantemente, debemos vivir de la carne de nuestro Señor.** Los santos lo comprendieron tan bien, que podían pasar horas preparándose y más todavía en acción de gracias. ¿Quién podría explicar esto? «*¿Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios, exclamaba Pablo, qué irrastrables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor?*» (Rm 11,33-34).

Cuando acogéis a Cristo en vuestro corazón después de partir el Pan Vivo, acordaos de lo que Nuestra Señora debió sentir mientras el Espíritu Santo la envolvía con su sombra y Ella, que estaba llena de gracia, recibió el cuerpo de Cristo (Lc 1, 26s). El Espíritu estaba tan fuerte en Ella que inmediatamente «**se levantó de prisa**» para ir y servir.

San Padre Pío y la Eucaristía

No es fácil reseñar los efectos de la comunión en el padre Pío, dejemos que sea él quien los manifieste.

“...Lo que más me atormenta, padre mío, es el pensamiento de Jesús sacramentado. El corazón se siente atraído por una fuerza superior antes de unirse a Él en la mañana, en el sacramento. Antes de recibirlo, tengo tal hambre y tal sed de Él, que poco falta para que no muera de deseo...Y esta hambre y esta sed, lejos de apagarse después de haberlo recibido en el sacramento, crece cada vez más. Cuando ya tengo en mí este sumo bien, entonces sí que la dulzura es tan completa que poco me falta para no decir a Jesús: *basta, que no puedo ya más*. Casi me olvido de estar en este mundo; la mente y el corazón ya no desean ninguna otra cosa y esto, a veces, por mucho tiempo” (Epist.I,217)

Adoración al Santísimo Sacramento

El padre Pío, a los pies del altar, dirigía la “Visita a Jesús Sacramentado” e impartía la bendición con el Santísimo. Se conmovía tan profundamente que llegaba incluso a las lágrimas; y lo que pasaba en su interior podemos descubrirlo en estas palabras que escribió al padre Agustín el 3 de diciembre de 1912: “A veces me pregunto si es posible que haya almas que no sientan abrasar de amor divino cuando se encuentran ante Jesús Sacramentado. Esto a mí me parece imposible, sobre todo si se trata de sacerdotes o de religiosos” (Epist.I,317)

Y el 21 de marzo de 1912, confiaba al mismo padre Agustín: “Ayer en la festividad de San José, sólo Dios sabe las dulzuras que experimenté, sobre todo después de la misa, tan intensas que las siento todavía en mí. La cabeza y el corazón me ardían, pero era un fuego que me hacía bien. La boca sentía toda la dulzura de aquellas carnes inmaculadas del Hijo de Dios (...); Cómo me colma de gozo Jesús! ¡Qué suave es su espíritu! Pero yo me aturdo y no sé hacer otra cosa que llorar y repetir: ¡Jesús, alimento mío! (Epist.I,266)

A María Gargani escribió en Julio de 1917: "Yo pienso que la Santísima Eucaristía es el gran medio para aspirar a la santa perfección; pero es preciso recibirla con el deseo y con el compromiso de eliminar del corazón todo lo que desagrade a quien queremos recibir" (Epist.III,282)

De la sinceridad con la que el padre Pío invitaba a la visita y a la adoración al Santísimo dan fe estas palabras sacadas de la carta que dirigió a Assunta di Tomaso el 4 de enero de 1922: "Vuela en espíritu al sagrario, cuando no puedas ir en persona; y allí expresa tus ardientes deseos, y habla, y pide, y abraza al Amado de las almas, mejor que si te concediese recibirlo sacramentalmente" (Epist.III,448).

Papa Francisco: Amor sin medida y don (22 de junio de 2014)

Jesús subraya que no vino a este mundo para dar algo, sino para darse a sí mismo, su vida, como alimento para quienes tienen fe en Él. Esta comunión nuestra con el Señor nos compromete a nosotros, sus discípulos, a imitarlo, haciendo de nuestra vida, con nuestras actitudes, un pan partido para los demás, como el Maestro partió el pan que es realmente su carne. Para nosotros, en cambio, son los comportamientos generosos hacia el prójimo los que demuestran la actitud de partir la vida para los demás.

Cada vez que participamos en la santa misa y nos alimentamos del Cuerpo de Cristo, la presencia de Jesús y del Espíritu Santo obra en nosotros, plasma nuestro corazón, nos comunica actitudes interiores que se traducen en comportamientos según el Evangelio. Ante todo la docilidad a la Palabra de Dios, luego la fraternidad entre nosotros, el valor del testimonio cristiano, la fantasía de la caridad, la capacidad de dar esperanza a los desalentados y acoger a los excluidos. De este modo la Eucaristía hace madurar un estilo de vida cristiano.

La caridad de Cristo, acogida con corazón abierto, nos cambia, nos transforma, nos hace capaces de amar no según la medida humana, siempre limitada, sino según la medida de Dios. ¿Y cuál es la medida de Dios? ¡Sin medida! La medida de Dios es sin medida. ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo! **No se puede medir el amor de Dios: ¡es sin medida!** Y así llegamos a ser capaces de amar también nosotros a quien no nos ama: y esto no es fácil. Amar a quien no nos ama... ¡No es fácil! Porque si nosotros sabemos que una persona no nos quiere, también nosotros nos inclinamos por no quererla. Y, en cambio, no. Debemos amar también a quien no nos ama. Oponernos al mal con el bien, perdonar, compartir, acoger. Gracias a Jesús y a su Espíritu, también nuestra vida llega a ser «pan partido» para nuestros hermanos. Y viviendo así descubrimos la verdadera alegría. La alegría de convertirnos en don, para corresponder al gran don que nosotros hemos recibido antes, sin mérito de nuestra parte. Esto es hermoso: nuestra vida se hace don. Esto es imitar a Jesús.

Quisiera recordar estas dos cosas. Primero: **la medida del amor de Dios es amar sin medida.** ¿Está claro esto? Y **nuestra vida, con el amor de Jesús, al recibir la Eucaristía, se hace don.** Como ha sido la vida de Jesús. No olvidar estas dos cosas: la medida del amor de Dios es amar sin medida; y siguiendo a Jesús, nosotros, con la Eucaristía, hacemos de nuestra vida un don.

Jesús, Pan de vida eterna, bajó del cielo y se hizo carne gracias a la fe de María santísima. Después de llevarlo consigo con inefable amor, Ella lo siguió fielmente hasta la cruz y la resurrección. Pidamos a la Virgen que nos ayude a redescubrir la belleza de la Eucaristía, y a hacer de ella el centro de nuestra vida, especialmente en la misa dominical y en la adoración.

TE ADORO, SEÑOR, DESDE MI NADA

Señor mío Jesucristo, que por amor a los hombre estás noche y día en este sacramento, lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a cuantos vienen a visitarte: creo que estás presente en el sacramento del altar. Te adoro desde el abismo de mi nada y te doy gracias por todas las mercedes que me has hecho, y especialmente por haberte dado Tú mismo en este sacramento, por haberme concedido por mi abogada a tu amantísima Madre y por haberme llamado a visitarte en esta iglesia.

Adoro ahora a tu Santísimo Corazón y deseo adorarlo por tres fines: el primero, en acción de gracias por este insigne beneficio; en segundo lugar, para reparar por todas las injurias que recibes en este sacramento; y finalmente, para adorarte con esta visita en todos los lugares de la tierra donde estás sacramentado y abandonado.

¡Jesús mío! Te amo con todo mi corazón. Me pesa de haberte tantas veces ofendido. Propongo, ayudado de tu gracia, enmendarme en adelante.

Y ahora, miserable como soy, me consagro todo a Ti. Te entrego toda mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo lo que te agrade. Lo que yo quiero y te pido es tu santo amor, la perfecta obediencia a tu santísima voluntad y la perseverancia final.

Te encomiendo las almas del purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y te ruego también por los pobres pecadores.

En fin, Señor, quiero unir los sentimientos de mi pobre corazón a los del tuyo santísimo, para ofrecerlos así a tu Eterno Padre, para su mayor gloria. Amén.

GRACIAS SEÑOR POR LA EUCARISTÍA

Gracias Señor, porque en la última cena partiste tu pan y vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias Señor, porque en el pan y el vino nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.

Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: morir por otro, dar la vida por otro.

Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.

Gracias Señor, porque en la eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser una preparación para celebrar y compartir la eucaristía...

Gracias, Señor, porque todos los días puedo volver a empezar..., y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos, y mi camino de transformación en Ti...